

LA APORTACIÓN DE ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ A LA FILOSOFÍA LATINOAMERICANA

La relación de un homenaje a un pensador en activo como lo es el maestro Adolfo Sánchez Vázquez constituye, en mi opinión, no sólo una oportunidad para hacer un justo reconocimiento a una obra que ha sido producto del rigor teórico y la creatividad, sino un buen momento para emprender, en lo posible, una evaluación de sus aportaciones y una caracterización de las vías que ha dejado abiertas para su desarrollo. El mejor homenaje que podemos hacer a un filósofo que ha hecho del marxismo su compromiso intelectual, político y moral, es expresar nuestro respeto y admiración a través de una lectura cuidadosa de su obra para comprender su sentido profundo e iniciar con ella un diálogo productivo que permita enriquecer una teoría y una práctica que tienen como objetivo, en última instancia, la realización de un verdadero socialismo democrático.

Permítame entonces plantear las siguientes cuestiones:

¿Cómo puede caracterizarse la evolución del pensamiento filosófico de Adolfo Sánchez Vázquez?

¿Cuál es el lugar de su concepción en el contexto de la filosofía marxista?

¿Cuáles han sido las relaciones críticas que han suscitado sus proposiciones?

¿Cuáles son los problemas abiertos en su obra?

Adolfo Sánchez Vázquez nació en Algeciras, Cádiz, en 1915. En su “Post-scriptum político filosófico” escrito en 1985, nos dice que fueron dos prácticas: la poética y la política, las que lo condujeron al marxismo. Su interés por la poesía lo lleva a vincularse con algunos de los escritores más importantes de aquel periodo y culmina en México con la publicación del libro *El pulso ardiendo* (Morelia, 1942), que ha sido recientemente reeditado en España. Este interés por la poesía junto con el de la política y la filosofía lo llevará seguramente a explorar, hasta la actualidad, los caminos de la estética.

Su posición política lo llevó a militar primero en las Juventudes Socialistas Unificadas; a dirigir diversos periódicos entre los que se pueden

mencionar *Ahora*, órgano de las JSU y *Pasaremos!*, órgano de la Onceava División del Ejército Republicano. La juventud de Sánchez Vázquez fue modelada entonces por el surgimiento de la República en 1931; la experiencia de la Guerra Civil y el funesto desenlace del exilio en 1939.

Permítanme aquí decir algunas palabras sobre el exilio. El exilio es un proceso complejo. Hay exilios voluntarios producto de una decisión, pero hay exilios forzados por la guerra o, aún más, por el compromiso político con una causa en la que se cree. Cuando esto último ocurre, una persona es arrancada violentamente de su patria, de su familia, de sus amigos. “El exilio –nos dirá Sánchez Vázquez, en el epílogo de un libro que reunió a alguno de los mejores escritores latinoamericanos y cuyo prólogo es de Gabriel García Márquez– es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y nunca se abre”.¹ Entre los hombres que integraron la emigración española del 39 se adoptaron varias actitudes. En algunos casos, México fue visto como un país de tránsito y para muchos efectivamente lo fue. Para otros, como en el caso de José Gaos, se trató de una suerte de trasplante. Gaos acuñó el término de transterrado para describir este proceso. Wenceslao Roces, después de su retorno a España en donde figuró como senador y su regreso definitivo a México, me dijo, con motivo de una larga entrevista que le hice,² “he sumado las dos nacionalidades sin prescindir de ninguna”. Sánchez Vázquez, por su lado, expone en el texto mencionado la dialéctica del exilio partiendo de la escisión que éste entraña. “El destierro no es simplemente trasplante de un hombre de una tierra a otra –dirá frente a Gaos–; es no sólo la pérdida de la tierra propia sino con ello la pérdida de la tierra como raíz o centro”. El exilio vive en la idealización y la nostalgia. Vive con el reloj parado en una hora lejana, pero cuando se cierran las heridas y desaparecen las causas que lo generaron; cuando pasan los años y se han creado otros intereses y surgen raíces, “entonces el exiliado descubre con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado”.

Al final queda la suma de desilusiones, desesperanzas y, ¿por qué no?, se pregunta Sánchez Vázquez, la “suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas; y concluye, lo decisivo no es estar –acá o allá– sino cómo se está” (“Cuando el exilio permanece y dura”, marzo de 1977).³

Esta actitud vital que evoca, por un lado, el dolor del desarraigo pero al mismo tiempo mantiene la fuerza moral de las convicciones, lo llevará a mantenerse del lado de la República después de su derrota y a solidarizarse con procesos latinoamericanos como la Revolución cubana, el movimiento estudiantil-popular del 68 en México; la Revolución

nicaragüense; la formación de muchas generaciones en la universidad pero, sobre todo, a desarrollar una reflexión profunda sobre el marxismo como teoría y como práctica.

La formación filosófica de Sánchez Vázquez se inicia en España y se continúa en México, en la década de los cincuenta. En ese periodo, la actividad de los filósofos españoles empieza a cobrar la importancia de una verdadera renovación cultural. José Gaos, Joaquín Xirau, García Bacca, Eugenio Ímaz, entre otros introducen, como es sabido, a Hegel, Husserl, Scheler y Heidegger. En México, el sector neokantiano debate con ellos. Se inicia un nuevo grupo denominado "Hyperión" que, a partir del magisterio de Gaos, busca delinear los presupuestos de una filosofía propia desde concepciones historicistas y existencialistas. En el campo del marxismo desarrollado en la universidad, Sánchez Vázquez inicia su trabajo académico con Eli de Gortari, mientras Wecslao Roces continuaba su notable labor de traducción de los clásicos del marxismo que había iniciado en España con la editorial Cenit.

En esta etapa, Sánchez Vázquez se mantiene en el marco de la filosofía oficial del marxismo: el *Dia-mat*. Su primera obra titulada *Conciencia y realidad en la obra de arte* (1955) se mueve en la esfera del realismo socialista.

A los finales de los cincuenta y durante los sesenta, se definirán en México tres grandes corrientes que tendrán influencia en Latinoamérica: en primer lugar, la filosofía latinoamericanista que hará hincapié en la historia de las ideas e intentará definir las características de una filosofía propia de América; en segundo lugar, la filosofía analítica que propondrá una concepción de la filosofía como reflexión metateórica de la ciencia y del lenguaje; y, en tercer lugar, la filosofía marxista, que se verá reactivada por acontecimientos como la Revolución cubana (1959), en el movimiento del 68 y las complejas corrientes y contracorrientes en el interior del marxismo europeo y asiático. Sin embargo, la otra cara de la moneda, que por cierto fue descubriéndose gradualmente, eran "El informe secreto de Jrushov" (1956) que obligaba a una reconsideración profunda de la teoría y la práctica del socialismo y, en forma más precisa, del estalinismo; la escisión chino-soviética que llevaba a aceptar la existencia de una crisis del movimiento comunista internacional y, finalmente, la invasión de Checoslovaquia en 1968 que nos enfrenta a un nuevo fenómeno: la solución violenta de los conflictos en el campo socialista.

Todo este complejo de problemas constituyen el trasfondo histórico y político de una nueva etapa en el pensamiento de Sánchez Vázquez y que se expresará en dos libros: *Las ideas estéticas de Marx* (1965) y *Filosofía de la praxis* (1967).

Las ideas estéticas de Marx es un volumen escrito con los siguientes propósitos: superar las concepciones dogmáticas del estalinismo en el terreno del arte; superar los enfoques sociologistas o economicistas y

desentrañar “la naturaleza de la relación estética del hombre con la realidad y del arte en particular”. Sánchez Vázquez analiza, en diversos trabajos, la hostilidad del capitalismo al arte en la producción, consumo y división del trabajo artístico.

En esta nueva etapa que se extiende de 1965 a 1980, Sánchez Vázquez incursiona en forma intensiva en los terrenos de la filosofía de Marx y el marxismo en libros como: *Del socialismo científico al socialismo utópico* (1975); *Ciencia y revolución: el marxismo de Althusser* (1978) y *Filosofía y economía en el joven Marx* (que a pesar de ser publicado en 1982, se prepara en años anteriores).

También citaremos el prólogo a los *Cuadernos de París* (1974); los ensayos titulados “La ideología de la neutralidad ideológica en las ciencias sociales” (1975); “La filosofía de la praxis como una nueva práctica de la filosofía” (1977) y “Las revoluciones filosóficas: de Kant a Marx”, entre otros.

En el terreno de la ética, el libro del mismo nombre publicado en 1969 y las “Notas sobre las relaciones entre moral y política” (1980).

En el campo de la estética su antología sobre *Estética y marxismo* de 1970 y los ensayos recogidos en los libros *Ensayos sobre arte y marxismo* (1983) y *Textos de estética y teoría del arte* (1982).

También en este periodo realizará diversos análisis sobre temas de filosofía de la historia y metodología de las ciencias sociales, como lo muestran sus trabajos sobre Rousseau y el estructuralismo.

Finalmente, a partir de 1981 Sánchez Vázquez ingresará en una tercera etapa de su pensamiento en que se ocupará de tres grandes temáticas: en primer lugar, continuará desarrollando sus reflexiones sobre la estética al examinar particularmente los movimientos actuales en el terreno del arte. En esta dirección prepara dos libros titulados provisionalmente *Teoría de la experiencia estética* y *Teoría del trabajo artístico*. En segundo lugar, escribe una serie de ensayos que inciden sobre la crucial problemática del llamado “socialismo realmente existente”. En efecto, en 1981 publica “Ideal socialista y socialismo real”; en 1983 “Marx y la democracia” y en 1985 “Reexamen de la idea de socialismo” y “El problema de la burocracia en Hegel y Marx”. Por último, en 1986 dedica un largo ensayo a la evolución del marxismo en Latinoamérica.

¿Cuál es el lugar de la concepción de Adolfo Sánchez Vázquez en el contexto de la filosofía marxista?

Como es sabido, Marx no explicitó, en parte alguna de su obra, la concepción filosófica de la cual partía. Esta ausencia, vinculada a otros fenómenos, generó un complejo conjunto de polémicas que han tenido lugar en los últimos cien años. En Latinoamérica, a finales de los sesenta en que Sánchez Vázquez publicaba su *Filosofía de la praxis*, tendrán influencia las siguientes concepciones: el *Dia-mat*, que era difundido sobre todo a través de los manuales soviéticos; la versión humanista de Schaff

o Garaudy; la concepción epistemológica del althusserianismo que florecía ya con fuerza; la versión fenomenológica de Karel Kosík (introducida en México por el propio Sánchez Vázquez) y Tran Duc Thao. En los sesenta están presentes concepciones como las de Sartre, Marcuse o Fromm que también intervienen en el debate a partir de otras posiciones filosóficas. Es en este marco que Sánchez Vázquez propondrá, en 1967, su tesis vertebral de que el marxismo es una filosofía de la praxis. En otro trabajo publicado en el libro *Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez* (1985),⁴ intenté hacer una genealogía de la filosofía de la praxis para ubicar la respuesta del autor en relación con otros pensadores que también han definido al marxismo como filosofía de la praxis. Como se sabe, este planteamiento surge con Labriola e influirá en Mondolfo y Gramsci pero también es propuesto, desde otras perspectivas, por Lenin, Lukács, Korsh y en periodo más reciente por los filósofos que conformaron el grupo de la revista *Praxis* en Yugoslavia. Todos estos han considerado que en la obra de Marx se inaugura una concepción radicalmente nueva de la filosofía y que implica una unidad entre teoría y praxis. Ahora bien, ¿en qué consiste la originalidad del planteamiento de Sánchez Vázquez?

En su libro *Filosofía de la praxis* dirige su reflexión en dos direcciones: por un lado, investiga sobre la forma en que la filosofía desde la época griega hasta Marx, Engels y Lenin, aborda el tema de la praxis. En otras palabras, se trata de establecer el universo del discurso del concepto de praxis y su incorporación al planteamiento filosófico. Por otro lado, emprende una serie de análisis sobre problemas como los de la definición de la categoría; la relación entre teoría y práctica; la relación entre praxis creadora y reiterativa; entre la concepción espontánea y reflexiva; entre la conciencia de clase y la organización y, finalmente, la relación entre praxis, razón e historia.

Entre la primera edición de 1967 y la tercera de 1980, el autor dará cuenta de algunas modificaciones señalando que ha eliminado las resonancias humanistas que estaban presentes en la primera edición. Pero en donde encontremos una exposición sintética de sus concepciones será en su conferencia titulada “El punto de vista de la práctica en la filosofía” de 1977 y en su ponencia al IX Congreso Interamericano de Filosofía celebrado en Caracas, Venezuela, denominada “La filosofía de la praxis como una nueva práctica de la filosofía”.⁵

En este último texto, la tesis es enunciada así: “El marxismo representa una innovación radical en la filosofía. Su novedad estriba en ser una nueva práctica de la filosofía pero lo es justamente por ser una filosofía de la práctica”.

Se hace luego una precisión terminológica diciendo que “praxis” corresponde a la unidad entre transformación objetiva y actividad

subjetiva. “Práctica” se entiende como “actividad o ejercicio” sin aceptar una concepción demasiado amplia que diera paso a lo que se llamó, durante el althusserianismo, “práctica teórica”; y, finalmente, “teoría” significaría visión, contemplación o descubrimiento.

En forma breve, concentraría sus tesis de la manera siguiente:

1. La filosofía marxista convierte a la praxis en su categoría central.
2. Existe una unidad indisoluble entre proyecto de emancipación, crítica de lo existente y conocimiento de la realidad a transformar.
3. El objeto de la filosofía es la praxis pero no en forma contemplativa, sino integrado activamente en la transformación social.
4. Este hecho involucra una opción de clase.
5. La filosofía de la praxis tiene como funciones las de ser crítica, política, gnoseológica, conciencia de la praxis y autocrítica.

“Todas estas funciones se hallan determinadas por una fundamental: la función de la filosofía que, como teoría, se inserta necesariamente en la praxis”.

Con esta concepción se distancia de las concepciones sobre la racionalidad del Lukács de *Historia y conciencia de clase*, de Korsh, quien establecería un nexo inmediato entre teoría y praxis; del historicismo de un Gramsci; del teoricismo althusseriano sobre el cual realiza una importante reflexión y, finalmente, de la antropología de un Gajo Petrovic que silencia los aspectos históricos que engendran la enajenación.

La obra de Sánchez Vázquez ha suscitado diversas reacciones que sería difícil evaluar en este momento, sin embargo, haré una breve referencia a algunas de ellas.

La primera proviene del filósofo yugoslavo Gajo Petrovic. El profesor Petrovic fue –como hemos dicho– uno de los fundadores del “grupo Praxis” en su país. En su colaboración al libro *Praxis y filosofía* titulada “El materialismo histórico, la filosofía de la praxis y el pensamiento de la revolución”,⁶ llega a la conclusión de que Marx no funda propiamente una nueva filosofía y, por tanto, una filosofía de la praxis, como él mismo había pensado, sino que origina un pensamiento que tiene como problema central la revolución.

El fenómeno de la revolución sólo podrá pensarse adecuadamente –en opinión de Petrovic– por “una filosofía que no esté dividida e disciplinas filosóficas [las centrales serían, para él, la ontología y la antropología] y que no esté separada de las ciencias sociales y de la praxis social”. El pensamiento de la revolución supondría e incorporaría a la filosofía pero no se limitaría a ella. Esta tesis también ha sido expuesta en el libro *Filosofía y revolución*. Desde mi punto de vista, la reflexión de Sánchez Vázquez no ignora este planteamiento fundamental de Marx en el sentido de que el objetivo final sería la transformación revolucionaria de la sociedad pero no aboliría la diferencia entre filosofía y ciencias sociales;

no sustentaría una concepción antropológica como la planteada por Petrovic y no sustituiría el concepto de filosofía por el pensamiento, que es ciertamente más vago. En torno a esta última cuestión, Sánchez Vázquez ha publicado un trabajo sobre el concepto de revolución filosófica considerando que esta disciplina tiene su objeto propio; un dispositivo conceptual; la inserción en una historia propia; una ubicación en la superestructura de la sociedad y una relación con la práctica social. Marx, diría Adolfo Sánchez Vázquez, ha creado una nueva forma filosófica sin precedentes en la historia del saber.

A propósito de este problema, en fechas recientes se ha publicado una serie de trabajos procedentes de la filosofía italiana de inspiración gramsciana, por ello considero que esta discusión no se ha cerrado. Por otro lado, la obra de Sánchez Vázquez se podría beneficiar con la incorporación de muchos de los planteamientos gramscianos que apenas empiezan a recuperarse en el último periodo.

Una segunda reacción a la que quisiera referirme es, la de algunos autores que pertenecieron a la corriente althusseriana. En efecto, a partir de la publicación del libro *Ciencia y revolución*, el marxismo de Althusser que constituyó un análisis riguroso y, en mi opinión, contundente, de los principales tópicos althusserianos se presenta una reacción defensiva que toca diversos puntos neurálgicos. Etienne Balibar, por ejemplo, dice en una carta dirigida al autor, que “las dificultades que arrastra la posición de Althusser tienen su fuente, ante todo, en las dificultades mismas de la posición de Marx”.⁷ Por mi lado, diré que Althusser agregó nuevas dificultades procedentes de la tradición y el enfoque del cual partía. Balibar también considera que la definición del marxismo como ciencia revolucionaria es una petición de principio. Frente a ello, Sánchez Vázquez responde que sólo si se concibe el marxismo en sentido académico o como una ciencia positiva se puede eliminar la dialéctica entre ciencia que sirve a la revolución y que se ve determinada por la revolución misma.

En México se han hecho también diversos análisis, algunos de ellos muy amplios sobre los problemas de la llamada “práctica teórica”, sobre la relación entre teoría y programa; sobre la praxis como criterio de verdad y sobre la misma concepción de la filosofía de la praxis. Un análisis puntual de estos análisis nos detendría demasiado. Juzgo más útil, por ahora, llamar la atención sobre el trabajo de Giuseppe Prestipino titulado “La filosofía de la praxis y el procedimiento de la ciencia” en el que, a partir de un reconocimiento sobre la forma en que Sánchez Vázquez analiza las tesis sobre Feuerbach, agrega interesantes observaciones sobre las diversas formas de entender las relaciones entre teoría y praxis en la praxis productiva, la ciencia y el arte.

Una tercera reacción a la que quiero referirme es la que surge desde la filosofía analítica, En su ensayo titulado “Filosofía, ideología y

sociedad”⁸ publicado por Sánchez Vázquez en ocasión de un homenaje a José Ferrater Mora, el autor expone las tesis de Ferrater sobre la función social de la filosofía y sobre las relaciones entre ésta y la ideología. Para Ferrater, la filosofía tiene un doble cometido frente a la ciencia y la ideología. Frente a la ciencia, la convierte en su objeto de análisis. Frente a la ideología busca también su explicación, pero la pregunta que surge es ¿en qué medida la filosofía se relaciona internamente con ella? Ferrater dice que su relación es extrema y que las ideologías operan en el contexto del descubrimiento pero no en el de la validación de las teorías. A pesar de ello, las ideologías, como componentes de la práctica, contribuyen a instituir ciertos criterios de validación, es decir, las ideologías cumplen una función en el proceso de descubrimiento, elección o rechazo del proceso de validación pero no forman parte de él. Frente a esta concepción, Sánchez Vázquez propone una tesis novedosa sobre la forma en que la ideología y la filosofía se relacionarían internamente. A propósito de este debate, Luis Villoro intervendrá exponiendo su propia idea de estas relaciones. Los puntos principales de la polémica son los siguientes: *a)* mientras Sánchez Vázquez sostiene una concepción amplia de la ideología, Luis Villoro se pronuncia por una concepción negativa circunscrita a las ideologías políticas; *b)* mientras Adolfo Sánchez Vázquez considera que la filosofía tiene una dimensión ideológica insoslayable, Luis Villoro piensa que la reflexión filosófica no es ni ciencia ni ideología sino una reflexión crítica que responde al interés general de la especie humana.⁹

Por mi lado, he propuesto en diversos trabajos que el marxismo debe acceder a una concepción de la ideología que analice, por ejemplo, su conformación, sus diversos tipos, sus complejas combinaciones y sus modos de interrelación tanto en la realidad concreta como en la teoría.

Finalmente, hemos señalado que la obra de Adolfo Sánchez Vázquez ingresa en una nueva etapa a partir de 1981. Desde ese año hasta ahora se ha preocupado por analizar la concepción de los clásicos del marxismo sobre el socialismo, el comunismo, la democracia y la burocracia, así como las diversas teorías que se han producido en torno al “socialismo realmente existente”. Todas estas cuestiones pertenecen, como sabemos, al debate actual. Su tesis central es la siguiente: “El socialismo real es una formación social específica poscapitalista, con su peculiar base económica y superestructura específica que bloquea hoy por hoy el tránsito al socialismo”.¹⁰ Sánchez Vázquez llega a esta conclusión después de caracterizar las tesis de Trotsky-Mandel; de Bettelheim; de Adam Schaff y de Bahro. Pero junto a esta tesis agrega que una crítica revolucionaria se distinguiría de otras críticas, por la prioridad que le confiere a la lucha anticapitalista. Lo que está en juego –nos dice ahí mismo– es “la credibilidad del socialismo para no desembocar en el nihilismo”.

Frente a estas tesis de Sánchez Vázquez, Schaff escribe que: el “socialismo real” no es una nueva formación social, sino un mal funcionamiento del sistema por causas específicas. Las conclusiones de Schaff son: *a)* que el socialismo se realizó cuando aún no se presentaban las condiciones objetivas y subjetivas. Es por ello que se abrió lo que él llama “la alienación de la revolución”; *b)* que existe una base económica socialista a la que corresponden diferentes superestructuras políticas, y *c)* que es necesario considerar que los procesos históricos son de larga duración, como decía Braudel, y que por ello es conveniente tener paciencia revolucionaria.

En mi opinión, las tesis de Schaff están sustentadas en una concepción mecánica de las relaciones entre base y superestructura, aunque la polémica sobre todas estas cuestiones dista mucho de estar cerrada.

Las tesis sostenidas por Sánchez Vázquez en torno a esta problemática han tenido tres aspectos positivos: se trata de una proposición nueva y plausible; es liberadora en el sentido de que no retrocede frente a la crítica y se ejerce sin concesiones, pero sobre todo se trata de un análisis que sale al paso a un desencanto desmovilizador que ha sido una nota característica de los últimos años en Francia y España y que empieza a afectar a algunos países latinoamericanos.

¿Cuáles son las temáticas que han sido abiertas por Sánchez Vázquez?

En primer término, la de la construcción de una estética actual desde el marxismo. Sobre este punto no hemos podido extendernos, pero vale la pena señalar que, seguramente, en un futuro próximo leeremos nuevos textos del autor en esta dirección y que, de alguna manera, ya han sido comunicados a través de conferencias y seminarios.

En segundo lugar, Sánchez Vázquez ha planteado, en su ponencia al IX Congreso Interamericano de Filosofía, un verdadero programa de investigación a partir de la concepción que él sostiene sobre el marxismo como filosofía de la praxis.

En tercer lugar, se encuentran sus reflexiones en torno a las relaciones entre ideología y filosofía así como entre ideología y ciencia social.

Y, finalmente, en cuarto lugar, sus tesis sobre la nueva formación social poscapitalista, sobre la burocracia, la democracia y el poder darán también lugar a nuevos debates y análisis.

Hemos llegado al final de nuestra exposición. Como corolario quisiera decir que por el rigor teórico que ha mantenido en su reflexión filosófica; por su creatividad en el análisis de problemas nuevos y por la honestidad intelectual y moral con que ha realizado su obra; la aportación de Adolfo Sánchez Vázquez puede ser considerada, no sólo como una de las más importantes en la filosofía latinoamericana, sino también en la filosofía marxista escrita en lengua castellana. Fue su compromiso vital lo que lo llevó a México en donde lo consideramos nuestro, pero

más allá de los exilios posibles sabemos que también lo es, indisolublemente, de España.

Notas

¹ A. Sánchez Vázquez, *Sobre filosofía y marxismo*, Puebla, UAP, 1983, p.102. Véanse Varios autores, *¡Exilio!*, México, Tinta Libre, 1977.

² “Entrevista con W. Rocés”, *Dialéctica*, núm. 14-15, México, UAP, 1983.

³ *Loc. cit.*

⁴ “Adolfo Sánchez Vázquez y la filosofía del marxismo”, en J. González, C. Pereyra y G. Vargas (eds.), *Praxis y filosofía*, México, Grijalbo, 1985.

⁵ Adolfo Sánchez Vázquez, *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología*, Barcelona, Océano, 1983, p. 35.

⁶ *Praxis y filosofía*, México, Grijalbo, 1985.

⁷ “Carta de Ettiene Balibar a Sánchez Vázquez”, en *Ciencias y revolución*, México, Grijalbo, 1983, p. 208.

⁸ Incluido en *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología*, Barcelona, Océano, 1983.

⁹ Véase *Praxis y filosofía*, *op. cit.*

¹⁰ Adolfo Sánchez Vázquez, “Idea socialista y socialismo real”, en *Ensayos marxistas sobre historia y política*, México, Océano, 1985, p. 110.